

## Perú

CONTACTÉNOTOS ► editorperu@comercio.com.pe

**El Comercio** llegó hasta un alejado paraje de la provincia del Purús en busca de Epa y sus mujeres, quienes han dejado de ser nómadas y están en contacto inicial. Su alucinante historia da una idea de la vida de los indígenas en aislamiento voluntario

FOTOS: ERNESTO ARIAS/ ENVIADO ESPECIAL



**LA PEQUEÑA TRIBU DE EPA.** Janeth es la segunda mujer de Epa, a quien se le calcula que tiene 50 años. Las cuerdas en sus piernas y brazos son regalos de su madre, al igual que el adorno de plata que lleva en la nariz.

# No contactados del Purús descubren un nuevo mundo

**Norka Peralta Liñán**

Enviada especial



Epa es un hombre sin edad, ni tiempo. Su memoria tiene los mismos recuerdos que debieron tener los primeros hombres que habitaron la Amazonía. Como ellos, es nómada, cazador y recolector. Sabe de rutas desconocidas, caminar según lo dicte la naturaleza y ha huido de tribus guerreras que pelean por mujeres, comida y por instinto.

A diferencia de esos seres que aún habitan la selva peruana, Epa, cuyo nombre significa padre en dialecto mastanahua, se ha cansado de vivir así. Ahora ocupa una cabaña asentada sobre un pequeño monte de la quebrada Santo Tomás, en la selva del Purús. A tres horas de distancia está la civilización (o lo que se entienda por ello) con la que ha empezado a relacionarse impulsado por una serie de hechos abruptos y alucinantes de los que no puede precisar fechas. No sabe del paso de las horas. Cuándo es una pregunta sin respuesta. Él está en el tiempo inicial, en el inicio de todo.

Lo acompañan sus dos esposas y la madre de ambas, una mujer que nunca ha salido de esa choza de madera. Habitan también la casa veinte perros salvajes que aullan de hambre y pugnan por salir cuando sienten la presencia de extraños. La mascota está en el techo: un mono maquisapa que hace piruetas con la cuerda que ata su cuello a esa casa.

Abajo está el río Curanja, turbio y seco en esta época del año. En los alrededores un manto vivo y verde se extiende, en un paisaje repetitivo y agreste, por toda la provincia de Purús, en la frontera con Brasil. Una nube de mosquitos suicidas ronda siempre.

**El Comercio** llegó hasta ese desolado paraje conocido como Puerto Paz, tras un sobrevuelo de dos horas en avioneta desde Pucallpa y un viaje de más de 20 horas por los ríos Purús



**INHÓSPITO.** Los confines del río Curanja guardan más de una sorpresa. Allí, en quebrada Dos Amigos, se halló un campamento de los no contactados. Para llegar hubo que surcar la peligrosa confluencia del Curanja con el Purús. En la ruta se encuentra la casa de Epa, en Puerto Paz.

**CERDOS SALVAJES.** Las guanganas son los cerdos salvajes de la Amazonía. Son uno de los alimentos favoritos de la población del Purús.

## EN PUNTOS

■ Ronald Ibarra, de la Dirección General de Pueblos Originarios y Afroperuanos, informará esta semana sobre la situación de los no contactados del Purús.

■ El informe responderá la denuncia sobre la huida de nativos peruanos al Brasil por la tala.

y Curanja, para conocer, a través del testimonio de Epa, cuál es la situación de los indígenas no contactados en esa provincia fronteriza y desconocida.

La antropología llama a estos grupos "en aislamiento voluntario", porque jamás han tomado contacto con la civilización. Ese aislamiento nació del miedo que despertó en ellos la salvaje civilización que provocó en la selva la explotación de la madera y del

caucho. Se estima que en el Perú hay entre 5.000 y 10.000 personas en aislamiento voluntario.

## MARTES 10 DE JUNIO

Epa nos recibe con cautela, con la mirada asustada, pero nos recibe. Un no contactado huiría o nos atacaría con sus flechas, según refieren los que los han visto. Epa es entonces un ex no contactado (en contacto inicial, prefieren decirlos antropólogos). Habla en dialecto

mastanahua. Lo único que dice en castellano es buenos días, con una voz que recuerda a la de un militar. Repite ese saludo en las tardes y en las noches. La vida de su pequeña tribu se rige con la salida y la puesta del sol. Y, sin embargo, tienen la piel pálida, como si hubiesen estado escondidos en una cueva, cuando han vagado por años por caminos desconocidos.

Los brazos y las piernas de Epa parecen los de un hombre de

mediana edad, a uno cualquiera. Solo las plantas de sus pies, deformadas como los de un palmípedo, delatan que hasta hace poco fue un trashumante. Esos extraños pies le permiten caminar entre el fango que forma la lluvia cuando cae sobre el suelo arcilloso, perseguir los animales que caza y consume, cruzar ríos sin importar su caudal. ■

Pase a la siguiente página